

Corresponsal de París.
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón:
17 y 19 rue Maubeuge
París.

París 9 de Julio de 1888.

Suplemento.

— Sumario: "La Atmósfera" (continuación), por J. Genaro Monti. —
"Un drama en tiempo de Catalina II" (continuación), por el príncipe Lubomirski.
"Rima" por Heine = "Modas parisienses", por Stella. —

La Atmósfera. (continuación)

Y en efecto, el ácido carbónico que exhala la hulla de nuestras locomotoras y de nuestras máquinas, ha formado parte de nuestra Atmósfera, y a ella vuelve merced a la industria, después de haber estado uno y otra separados durante docenas de miles de años. Del mismo modo las aguas de los ríos que bañan extensas comarcas, y que tantos beneficios dispensan a la industria moderna, han formado también parte de la Atmósfera en estado de vapor; desde allí han caído sobre la tierra en forma de lluvia bienhechora, y siguiendo una ley eterna de la Naturaleza vuelven de nuevo al depósito común, al Océano, de donde han salido, para volver a sufrir indefinidamente las mismas transformaciones. De este modo se distribuye el calor en la Atmósfera, se forman las nubes, caen sobre los ardientes campos, y se sostiene la vida terrestre. La fuerza que en estas funciones desarrolla la Atmósfera representa el trabajo colosal de millones de caballos.

La Atmósfera, además, es el agente de la combustión, el vehículo del sonido y del lenguaje, el espléndido y fantástico mundo de los colores y de los meteoros. Las propiedades del aire son verdaderamente prodigiosas. Como toda materia, es un fluido pesado, y al mismo tiempo invisible e incoloro; pero si miramos un objeto cualquiera distinto, la coloración del aire se hace perceptible. Lo mismo sucede con el agua. Vista en pequeñas cantidades, parece sin color; mas si se mira una masa de alguna profundidad como la del mar, la de un lago o la de un río, se observa un color verdoso o azulado. De la misma manera cuando dirigimos las miradas a las colinas lejanas, en un claro día, aparecen bañadas con una suave tinta azulada, tinta que procede, no del color del cielo - como cree generalmente el vulgo, guiándose siempre por las apariencias - sino del color del aire, interpuesto entre ellas y nosotros.

La Atmósfera, pues, es la causa de estos fenómenos. Si esta envoltura aérea no existiese, no solo no luciría el hermoso color de esmalte que toma el cielo por la reflexión de los rayos azules, sino que no aparecería la bóveda celeste que rodea a la tierra como una cúpula inmensa. El cielo, triste y tenebroso, se extendería por todas partes como un manto negro, en el cual de día y de noche, a todas horas, aparecerían las estrellas como chispas de fuego. Los poéticos y encantadores juegos de luz que ofrecen los crepúsculos matutinos y vespertinos, no existirían; la noche seguiría bruscamente a la puesta del sol, y al aunar este lumínar en el horizonte, sería de súbito de día claro. El clima de la tierra sería, por esta razón, excesivo y mortífero: las regiones expuestas a la acción de los rayos solares tendrían una temperatura superior a la del agua hirviendo; y las que estuviesen a la sombra de las montañas, sufrirían un frío más intenso que el de los polos; y para que nada faltase a este cuadro desolador y sombrío, ningún ruido resperataría los ecos de este mundo sepultado en eterno sueño.

Infinitos son, realmente, los beneficios que nos dispensa esta capa gaseosa que nos envuelve; pero ¿hasta qué distancia se eleva sobre la superficie de la tierra? Kepler fue el primero que intentó medir ópticamente la altura de la Atmósfera, estudiando la duración de los crepúsculos, y los físicos modernos que adoptando este método la han medido, creen que se puede calcular su elevación en 60 kilómetros. Mas allá de este límite debe haber un aire sumamente enrarecido o muy tenue, y a una altura más considerable, no debe existir otra cosa que el vacío, mansión suprema de los astros.

Los antiguos creían que el aire era uno de los cuatro elementos; pero como la química moderna ha descubierto que es elemento o cuerpo simple todo aquel que no es susceptible de descomponerse por los medios analíticos de que hoy dispone la ciencia, resulta que la creencia de los antiguos era errónea, por cuanto la Atmósfera se halla compuesta de una mezcla de oxígeno y nitrógeno, conteniendo de 100 partes en volumen, 21 de oxígeno y 79 de nitrógeno; de ácido carbónico en pequeña cantidad: en 1000 volúmenes de aire, 1 de ácido carbónico; de vapor de agua, en proporciones variables según las estaciones y las localidades, y en particular imperceptibles de sustancias animales y vegetales.

Muchos filósofos de la antigüedad, y Epicuro especialmente, admitían como un hecho la materialidad del aire; pero la mayor parte, siguiendo la autoridad de Aristóteles, la niegan en absoluto. Hoy, merced a las determinaciones físicas y mecánicas que se han hecho, se puede calcular el peso total de la Atmósfera en 5000 billones de kilogramos, y según Dumas puede representarse esta masa enorme de gases por 58,000 cubos de cobre de 1000 metros de lado cada uno.

J. Genaro Monti.

(Se concluirá)

Un Drama en tiempo de Catalina II. (2)

(novela por el príncipe Lubominski)

(Continuación.)

La joven contestó con una mirada en la que se leía más compasión que amor.

— ¿Estareis ausente durante mucho tiempo? - preguntó la dama.

— Dos o tres horas.

— Pues bien, partid y no os entretengais, pues deseo que volvais cuanto antes. Me parece que no me ha de divertir en esta ciudad. Hace frío, y casi tengo miedo. Las paredes sombrías que hemos visto en el camino... y esas calles estrechas, me disgustan en extremo. No se ven más que celajes liuvados, y no se oyen más ruidos que los del viento y la lluvia. Comprendo que este clima no me conviene en modo alguno, y estoy tiritando de frío.

La dama se acercó al fuego y apropió sus manos a la llama.

En aquel momento entró el conde en la sala, se sentó junto a la chimenea y dijo:

— Princesa, os he hecho disponer unas habitaciones en el piso principal, y podéis dirigirvos a ellas cuando queráis.

— Gracias, conde, - contestó la dama sin volver la cabeza.

El príncipe hizo de pronto un violento esfuerzo sobre sí mismo, y exclamó:

— Me voy; pero regresaré muy en breve. Vos le prestaréis vuestros cuidados, conde, ¿no es verdad?

— ¿Vuestra Alteza tiene acaso necesidad de hacerme semejante recomendación?

El príncipe dobló la rodilla, besó la mano que le tendió la princesa y abandonó lentamente la sala.

— Gracias a Dios! - murmuró el conde.

La joven guardaba el más profundo silencio.

— Me permitiréis, Alicia, que os acompañe a vuestras habitaciones?

La princesa levantó bruscamente la cabeza, como si acabara de despertar de un profundo sueño; abandonó su asiento, y exclamó:

— Os sigo.

Cuando al llegar al piso principal se halló a solas con su camarera de viaje, la contempló dolorosamente y se dijo:

— Ya no me amais, Alicia.

— ¿Estáis loco! - contestó esta friamente. - ¿Quién pueda haceros suponer?...

Vuestros miradas indiferentes durante todo el viaje, y vuestra actitud

en este momento. De cuatro días a esta parte, este es el primer momento en que os ves sin testigos... y no obstante, os mostráis en extremo glacial.

Felicia se sentó en un sofá junto al fuego, extendió los pies sobre la alfombra con un aire por demás indiferente, y contestó:

- ¿Si no os amase, para qué os habría hecho venir conmigo?

En aquel momento reprimió una especie de contracción nerviosa, y añadió:

- Los hombres siempre creen que no son amados lo bastante. Es cierto que habéis gastado por mi causa toda vuestra fortuna; pero ¿no lo seguid siendo la misma para vos después de vuestra ruina? ¿Y sin embargo, no soy rica? ¿Qué humillaciones no he sufrido por vos? Perseguidos, acosados por nuestros acreedores, casi arrojados de París a causa de nuestras deudas, y amenazados diariamente con un acto de prision, nuestra vida era un suplicio incesante, y nadie puede asegurar que nuestros perseguidores no nos hayan seguido hasta aquí.

El conde contemplaba maquinalmente las flores de la alfombra.

La princesa repuso:

- Y no obstante, sabéis lo mismo que yo, que no estaba obligada a sufrir todo esto.

- Siempre me habláis de vuestros acreedores! - exclamó el conde. ¿Quién les recibe sino yo? ¿Pueden tenerme con alguien más miramientos de los que os prodigo? ¿Puede existir una persona más adorada que vos? ¿No sabéis que quien os causara el más ligero pesar pagaría con la vida su insolencia?

- Si que sois valiente, y es inútil que os vanagloriéis de ello autamente.

El conde se estremeció de ira, y dijo:

- Necesito, en verdad, mucho valor para sufrir lo que sufro. ¿Pasar mi vida al lado vuestro sin poder adoraros! ¿Verme separado de vos por un viejo enamorado!...

- No habléis mal de ese anciano. Sin él ¿quién sabe dónde estaríamos a estas horas?

El conde mordió con furor el puno de un látigo que tenía en la mano.

- Haber sido rico - exclamó amargamente - haber sido el dueño, y no ser ya más que el criado!

- ¿Queréis echarme en cara vuestros desórdenes?

- Dios me libre de ello!

- ¡Haced bien, porque no lo consentiría.

Cada una de sus palabras hacía estremecer al conde. Su fisonomía estaba desconcertada y la princesa le miró atentamente.

(Se continuará)

Rima.

Me han atormentado el alma,
me han decolorido el rostro,
los unos con sus cariños,
con sus rencores los otros.

Me han envenenado el agua
que bebo, y el pan que como,
con sus cariños los unos,
con sus rencores los otros.

... Pero la que me ha causado
mas tormentos, entre todos,
esa, ni jamás me quiso,
ni me odia nunca tampoco.

(Trad.)

Heine.

Modas parisienses.

La frescor persistente de la temperatura ha retenido todavia a muchas de nuestras elegantes lejos del mar o de las montañas. Gracias a ello, podemos ver aun en el Bois de Boulogne las bellas toilettes de verano que en igual época de otros años habian ya emigrado de la gran capital para ir a ostentarse a orillas del gran charco o en alguna estacion balnearia.

Las formas iguales, redingotes o princesas, estan de todo entodo a la orden del dia. Es preciso convenir en que nada pierde con ello en gracia y esbeltez la silueta femenina. Lejos de esto, nada sienta tan bien, por ejemplo, como un traje gris-azul o gris-verde en tela de fantasia, confeccionado en esta forma sencilla: falda redonda con grandes pliegues por delante y just los costados recta por detras; tela abundante sin aparecer voluminosa; debiendo evitarse que el vestido caiga aplacado, pues entonces el conjunto pareceria demasia do inoia. — El cuerpo (corsage) debe ir tambien plegado, retenido en el talle por un ancho cinturon de noire de color semejante al del vestido. Manga corta con una cinta-brasalete figurando levantarla; cuello bajo en tul de fantasia, plegado; sombrero de paja blanca, adornado de rosas musgosas en un laberinto de tul.

Los jerseys se llevan aun como toilette ordinaria. Hemos visto algunas de esas prendas, confeccionadas con un gusto y elegancia exquisitos, en los colores viejo-gris tierra cocida, azul y rosa antiguo. Su forma es parecida a la de los corsages, mas graciosa ya sea por los diminutos pliegues de que se componen y que van retenidos al cuello, o bien por su confeccion toda en fruncidos: un cinturon ajusta totalmente el jersey, el cual, hecho en tejido ligero (hasta en seda) constituye una prenda excelente para el estio.

Tambien son muy elegantes los guantes largos en seda y bordados; pero es preciso tener cuidado de que el corte de los mismos no aparezca defectuoso. En la mano queda alterado y más de una señora tendria después que lamentarse.

Stalla.

Corresponsal de París.
Hija autógrafo diaria.

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón:
17 y 19 rue Mauberge.
París.

Año IV. ~ Núm. 461.

París 9 de Julio de 1888.

La situación?

El boulangismo no estaba más que aletargado, á juzgar por la prontitud y el empuje con que ha vuelto á la espera de la actividad y del movimiento. Como el ave-fénix ha resucitado de sus propias cenizas, y todo indica que el general Boulanger y sus amigos, requebrados ya del reciente Descalabro sufrido en las últimas elecciones de la Charente, se preparan para reanudar de una manera vigorosa su interrumpida campaña.

En nuestra correspondencia anterior olvidamos consignar que el general había ya salido del retraimiento de estos últimos días y que, en unión de varios de sus amigos más allegados, se disponía á hacer una excursión en provincia, por el estilo de la que le valió tantas ovaciones en el Departamento del Norte, después de su elección de diputado. Pues ese viaje se está ya realizando á partir del mismo día en que nos proponíamos anunciarlo. La región escogida esta vez por Mr. Boulanger es la Bretaña, donde vio la luz primera el ex-ministro de la guerra.

Y hay que confesar - aceptando como ciertos los datos que publican con gran regocijo los periódicos boulangistas - que el general está recibiendo en su país natal (¡cosa rara si tenemos de atendernos á lo que dice un sabio proverbio!) las mismas entusiasmas muestras de adhesión que en el Departamento del Norte. Todas las poblaciones que hasta ahora ha recorrido le han recibido como un libertador ó, por mejor decir, como una especie de Mesías político. En todas partes ha sido ardientemente aclamado, y todos esos bravos bretones, tan sobrios en el decir como activos y denodados en el obrar, se han disputado la honra de llevarlo poco menos que en triunfo, proclamándole desde luego como el único candidato posible en las futuras elecciones de aquel legendario y típico Departamento.

El banquete que se celebró el sábado por la noche en Rennes en honor al general, fue en verdad una manifestación imponente. El general había asistido antes á los carreraz ocupando un sitio en la tribuna de honor al lado del alcalde de la poblacion. En el desfile, el carruaje de Mr. Boulanger iba casi á la cabeza, y todo el curso, hasta la llegada al hotel de Francia donde debia celebrarse el banquete, fue una serie no interrumpida de ovaciones. Más de 5000 personas siguieron el landau del general llevándole, por decirlo así, en triunfo.

En el hotel de Francia, el espectáculo era por demás interesante bajo el punto de vista de los intereses del boulangismo. El banquete que se servia no era una de esas fiestas banales, sin importancia alguna, á las que concurren sin distincion toda suerte de individuos sin que nadie les pida su significacion con tal que contribuyan con su óbolo á los Dispendios... Nada de esto. La fiesta era de todo en todo escogida, y tan escogida como numerosa y profundamente entusiasta. A las siete y media en punto el general entraba en el salon y ocupaba la plaza de honor que le estaba reservada, junto con los diputados, alcaldes y consejeros generales. El salon, esplendidamente adornado con tapices y banderas tricolores, contenia más de mil convidados, que, al entrar el general, se levantaron como un solo hombre aclamándole ruidosamente. — Las mesas, elegantemente dispuestas, estaban cubiertas de magníficos centros, y de esplendidos ramilletes. — Delante de cada convidado habiase colocado el correspondiente menu, sobre el cual aparecia grabado el retrato del general con la siguiente frase en forma de lema: "Si yo quisiera la guerra, seria un loco; si no me preparase á ella, seria un traidor."

Como el banquete habria carecido de objeto si á los postres no se hubiesen pronunciado los discursos de reglamento, el alcalde de la poblacion, Mr. Bastard aprovechó la ocasion para proponer la candidatura del general para las futuras elecciones, cuya proposicion fue aceptada por los concurrentes con ruidosas muestras de simpatia. — Y habló despues el general... ¿Qué dijo? Lo de siempre: que la Cámara actual es impotente; que el parlamentarismo es una plaga; que la Constitucion es un peligro; y que hay que disolver el Parlamento y revisar la ley fundamental del Estado. Esto lo ha dicho ya en el Norte y en la Cámara: es su único, su esclusivo tema, y su solo programa. — El general no aceptó ni dejó de aceptar la candidatura que se le proponia. Sobre esto no dijo una sola palabra... y lo comprendemos. Es demasiado reciente el descalabro de la Charente para comprometerse

a sufrir quizá un nuevo revoleon. La prudencia es propia de hombres avisados... o escarmentados, y esta vez el general no quiere, por un acto de improvisacion, exponerse a una repetición que le dejaría, sin perdón de los suyos ni de los extraños, completamente desconceptuado.

Pero esta nueva reaccion en provincias en favor del general, ¿durará mucho tiempo, o será solo un movimiento de galvanización que ha de venir a señalar las últimas etapas de un partido?

Un meeting convertido en batalla. — Jamás habíamos asistido — escribe un corresponsal de Marsella en fecha de ayer — a semejante escena de desorden. Durante una hora, en la sala del teatro Valette, un millar de ciudadanos se ha debatido como en un circo de gallos pegándose a puñetazos y a puñetazos, a garrotazos y a rompe-cabezas, con taburetes arrancados, con todo lo que caía al alcance de la mano pudiendo servir de proyectiles.

Sábase que hace algunos días, a consecuencia de cierto meeting franco-italiano de cuya celebracion ya dimos oportunamente cuenta a nuestros lectores, formose en Marsella un titulado Comité nacional para contestar a dicho meeting y protestar contra la mano de obra extranjera. El general Boulanger había dirigido a los organizadores una carta de adhesión.

El meeting-protesta tuvo lugar anteayer; mejor dicho, no pudo tener lugar. La sala del teatro Valette ha servido más bien que de campo de discusion, de campo de batalla. Segun relatan los periódicos, el escándalo fue de lo más piramidal que hayan visto jamás los humanos.

Tratemos de dar un ligero extracto de lo que dicen los corresponsales, testigos presenciales de esa descomunal bagarre.

Nacionalistas y anarquistas.

La sala aparecía dividida en dos campos, los partidarios de la reunion y los anarquistas.

La batalla principia desde la formacion de la mesa. Entre los concurrentes nótese a Francis Laur, de regreso de Italia, y Léon Martin, diputados.

— La mesa! la mesa! — gritan de todas partes.

— Nada de presidencia! — replican los anarquistas.

Otra voz: — Debe nombrarse al general Boulanger presidente de honor

Otra voz: — Afuera dictadores!

Seguidamente, como si se obedeciera subitamente a una consigna:

— Fressand! Fressand!

Fressand es un anarquista.

Viene luego un empuje, como una oleada de la multitud, y ya tenemos a Fressand sobre el escenario.

La batalla.

Pero el empuje no se habia efectuado sin... empujones. De ahí se siguen protestas, y gritos. Los púncos se levantan y de todos los lados de la sala estalla la confusión y el escándalo se hace general. Entretanto Bressand trata de hacerse oír: "Compañeros... compañeros..." No ha podido aun principiar su arenga, cuando es precipitado del escenario abajo. — En fin los anarquistas invaden las tablas. Allí estalla pronto el escándalo como en la sala. Ni siquiera los periódicos quedan exceptuados; los golpes se prodigan de uno y otro lado, y el escenario, al poco rato, queda convertido en campo de batalla. — La mesa presidencial es derribada arrastrando campanillas, tinteros, papeles, y portaplumas. Los anarquistas arrojan todo lo que hallan a mano. — A todo esto Bressand vuelve a subir al escenario y se ampara de la presidencia. Entonces la sala entera le silba, sobre todo del lado de los anarquistas, que parece han cambiado de opinion acerca de un persona. El delirium tremens es general. Reconienza la batalla; las sillas vuelan y toda la sala invade por asalto el escenario. Muchos son los que caen y son pisados por la multitud ebria de coraje. Oyense gritos de dolor de todos lados. Italianos, franceses, nacionalistas, anarquistas, los unos y los otros todos se golpean al azar, sin saber siquiera por qué. En este momento a alguno se le ocurre apagar el gas. Protestas generales. Despues, silencio.

Un orador toma la palabra: "Ciudadanos, os ruego... Esto es indigno!... Un poco de silencio... Yo apelo al patriotismo de todos... No vemos este espectáculo..."

— Tu nos fastidias!

— Arrojadle!

Pero los anarquistas quieren a toda costa quedar los solos dueños del escenario, recomenzando entonces la batalla, si bien esta vez con resultados sangrientos.

El fin de una batalla. — La policia. — Los heridos.

M^{rs}. Laur y Martin habian salido desde los comienzos del escándalo junto con algunos de sus amigos que van a reclamar la intervencion de la policia. — El comisario central y los principales comisarios de la ciudad, acompañados de mas de cien agentes de policia, penetran en el escenario e intentan hacerla evacuar. Un verdadero combate se libra entonces. Desde las galerias y los palcos vuelan las sillas y los taburetes sobre el escenario y sobre la sala. Los agentes se ven obligados a emplear la violencia para hacerse obedecer; al cabo de tres cuartos de hora de una lucha a brazo partido habian logrado hacer evacuar la sala. — Véase - dice un corresponsal - a un gran número de personas heridas, con la figura ensangrentada. Algunas han sido heridas de gravedad. — Los principales autores de este motin han sido arrestados. La poblacion está muy emocionada.

Ultima hora.

Segun el Tagblatt de Berlin, el principe de Bismarck parece que ha suspendido su proyectado viaje a Friedrichsruhe, hallándose actualmente dispuesto a acompañar al emperador Guillermo en un viaje a San Peterburgo, en interés de la paz.

(Bolsa: 3% 83'35 = Suez: 2130 = Panamá: 272'50 = N. España: 287'25.)